

DOMINGO DE PENTECOSTES

Jesús tenía muchas ganas de subir al cielo, a ascender a la derecha del Padre, para podernos enviar el Espíritu Santo. Vamos a responder a algunas preguntas.

¿Quién es el Espíritu Santo? Todos nosotros tenemos un cuerpo y un alma. El Espíritu Santo sería lo más parecido al alma de Dios: sus pensamientos, sus sentimientos, sus intenciones, su sabiduría, su fuerza... su amor. Y se llama Espíritu Santo porque santifica, hace santo, transforma, diviniza todo lo que toca.

¿Qué hace el Espíritu Santo? Lo conocemos por lo que hace. El Espíritu Santo es quien da la vida y la existencia. El Espíritu Santo inspira a los profetas y a las almas santas. El Espíritu Santo es quien engendra a Jesús en las entrañas de María. El día de Pentecostés, hoy, es el Espíritu Santo quien da sabiduría, valentía y fuerza a los apóstoles que estaban escondidos por miedo, y no solo salieron a predicar a Jesús, sino que acabaron dando su vida por Cristo. El Espíritu Santo es quien, ante tus ojos, en cada Misa, transforma el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. El Espíritu Santo es quien te da la fe y la sabiduría para decir: "Jesús, gracias porque sé que estás aquí, te siento, te adoro, te quiero, te necesito". El Espíritu Santo es quien te perdona los pecados y limpia tu alma y tu corazón.

¿Yo tengo el Espíritu Santo? Sí, la Iglesia te dio el Espíritu Santo el día de tu Bautismo. Con la unción del Santo Crisma, entró el Espíritu Santo en ti, y te convertiste en templo sagrado. "Cristo" significa "ungido con el Espíritu Santo". Por eso decimos Cristo, o Jesucristo, y no solo Jesús. Con el Santo Crisma, fuiste hecho "cristiano", porque tienes el mismo Espíritu Santo de Jesús.

¿Cómo actúa el Espíritu Santo? Por medio de mociones e inspiraciones. Son luces y conocimientos interiores que Dios nos da. A veces nos dan paz, a veces nos hacen entender cosas que no sabemos explicar, y otras veces me hacen ver mi miseria, mis pecados y lo que me tengo que corregir. Pero nunca me desaniman, porque me empuja a confiar y a luchar para ser mejor.

¿Cómo hago para dejar que el Espíritu Santo actúe en mí? La tradición cristiana lo ha resumido en una sola palabra: docilidad. La docilidad es la respuesta del hombre a las inspiraciones divinas. Cuanto más fiel sea mi respuesta, el Espíritu Santo me irá dando más luces, más gracias, más fuerza, más amor, más sabiduría.

¿Qué medios tengo para sintonizar con el Espíritu Santo? El primero, la oración, confiada y constante. La segunda, la mortificación: esos pequeños o grandes sacrificios ofrecidos a Dios, que me asocian a la Cruz Salvadora de Cristo, y me hacen menos egoísta y más libre. El tercero, la Confesión, donde el Espíritu Santo me sana. El cuarto, la Misa, si puede ser diaria, donde el Espíritu Santo actúa con su fuerza más grande en la Consagración. Hay más, pero estos son los más importantes.

¿Cuáles son los peligros más grandes con los que me encontraré? El Espíritu Santo nos pone en guardia sobre los peligros que se suelen manifestar en la desidia, en el abandono de la lucha, la acedia, la tibieza... en definitiva, en el pecado. Entonces, ¿qué debo hacer? Llorar, sentir esa falta de amor en mi corazón, y eso me duele. Reconocer que no sé, que no puedo. Eso me vacía de mí mismo, de mi soberbia, de pensar que yo lo hago todo... y entonces es cuando me vacío y el Espíritu Santo viene y me purifica, me llena con su consuelo, con su amor y con sus dones.

Nadie como la Virgen Santísima fue tan amiga del Espíritu Santo. Dejó que el Espíritu Santo actuara en ella con toda libertad, y el Espíritu actuó en ella en su alma y en su cuerpo.

El Espíritu Santo va a venir. Mejor dicho, ya lo está. ¿No lo ves, no lo sientes ya en tu corazón?